

A partir
de **6**
Años

la buena letra

Siete cuentos para la semana

SARA MONTALVÁN ARTETA

¿Quieres aprender las letras de una forma divertida? ¿Quieres aprender sobre los derechos que tenemos los niños y niñas y también los adultos?

Siete cuentos para la semana son cuentos muy entretenidos protagonizados por animales. La vaca Violeta, el burro Benito, el camello Tuto, el búho Heráclito, el gato Michifuz, Alejo el conejo y el Rey león Leonardo IV, te enseñarán por medio de sus entretenidas aventuras las letras **v, b, ll, h, z, j, c y q** y también importantes derechos como el derecho a la educación, al trabajo, a la libertad, a vivir en un planeta sin contaminación, a tener un nombre y una identidad, a la justicia y a ser respetados con todas nuestras diferencias.

¡Solo necesitas una semana para leer este maravilloso libro de cuentos!



ISBN 978-956-294-145-7



Siete cuentos para la semana

Siete cuentos para la semana

SARA MONTALVÁN ARTETA
Ilustraciones de Antonio Ahumada

Literatura
actual



la buena letra



Siete cuentos para la semana

Sara Montalván

Ilustraciones de Antonio Ahumada

Colección

la buena letra



Violeta, la
vaca
mumutera



Un día, al llegar la primavera, cuando ya no llovía en el verde prado de Valencia, le llegó a la vaca Violeta el aviso de que en la oficina de correos tenía una misiva.

Violeta se fue con la garza Vera a recoger su carta, pero como todavía no aprendía a



leer, se la llevó al pavo Gustavo para que se la leyera.

—Se trata de una invitación de tu vieja tía Virginia, la que vive en Valparaíso. Desea que vayas a visitarla el próximo jueves y viernes para hacer un viaje volando en su nuevo avión por la ciudad —le contó el pavo Gustavo.

—Divina tía Virginia —pensó Violeta—, ¡cuánta diversión tendré!

Asimismo, las cinco primas de la vaca Violeta, que vivían en distintos lugares, fueron invitadas.

Violeta estuvo muy contenta todo el día, hasta que al caer la tarde, pasó por el prado su amiga, la mona Ramona.



—¡Hola, Ramuna!, estoy muuuu contenta –dijo Violeta.

—Hum, no soy Ramuna, sino Ramona. ¿Entendiste? RA-MO-NA. Y... ¿me puedes decir por qué estás tan contenta?

—¡Sí! Estoy contenta porque mi tía Virginia nos ha invitado a su casa el jueves y viernes próximos a volar en su avión por Valparaíso.

—¿Nos ha invitado? ¡Oh!, pero eso es fantástico. Me pondré mi vestido verde nuevo de seda, el que tiene velo de tul, el que me regaló Silvestre en nuestro noveno aniversario. ¿Qué te parece, Viole?

—No, Ramona, estás muuuu equivocada; nos ha invitado a Verónica, Vanesa, Victoria, Valeria, Valentina y a mu; no a ti –le corrigió la vaca.

Ramona, desilusionada, un poco celosa y bastante molesta, respondió:

—¡No soy Ramuna! ¡Tampoco se dice “mu”, por muy vaca que seas! Pero –continuó hablando Ramona–, ¿quiénes son esas Verónica, Vanesa, Victoria, Valeria y Valentina,



que no las conozco? ¿Dónde viven?

Violeta, un poco avergonzada, pero todavía contenta, le respondió:

—Victoria es hija de mu tío Víctor y vive en Villa Sol.

Vanessa es hija de mu tío Octavio y vive en Valdivia.

Verónica es hija de mu tío Veronés y vive en Verona.

Valeria es hija de mu tío Valerio y vive en Valle Hermoso.

Valentina es hija de mu tío Valdemaro y vive en Sevilla.

Exasperada, Ramona gritó:
—¡Que no se dice “mu”, Violeta! Se dice “mi”. ¿Vas a visitar el jueves y viernes a tu vieja tía Virginia de Valparaíso



sin poder decir “ma, me, mi, mo”? Te lo advierto, Violeta, se reirán de ti. Tu dicción no pasará inadvertida.

Entonces, la vaca Violeta se puso muy triste. Preocupada y casi llorando, dijo:

—Tienes razón, Ramona, no puedo ir así, pues todas se reirán de mí. Yo te estaré muuuuy agradecida si tú me enseñas a pronunciar bien. ¡Tan solo falta una semana para el jueves!

—¡Semana, por Dios! ¡SE-MANA! Sí —suspiró Ramona—, supongo que tendré que enseñarte. Comenzaremos ahora mismo. He aquí un verso que es una monada. Escucha primero y luego repites:

“Monitos menudos
comían maníes,
mientras mamá mona,
molía maíces”.

Entonces Violeta recitó:
“Munitos, munudos
comúan manúes,
mientras mamá mona
molía maíces”.

—No, no, no, ¡NO! A ver otra vez, repetirás conmigo novecientas noventa y nueve veces:

“Mo-ni-tos me-nu-dos
co-mí-an ma-ní-es,
mien-tras ma-má mo-na
mo-lí-a ma-í-ces”.

Y así, con mucha paciencia de parte de la mona Ramona, y con mucho empeño y esfuerzo por parte de la vaca Violeta,

esta última logró pronunciar correctamente el “ma, me, mi, mo”; y, como conocía mejor que nadie el “mu”, no tuvo dificultad después en aprender a leer con el pavo Gustavo.

Por fin llegó el día del viaje a Valparaíso a casa de la tía Virginia. Como Violeta era muy agradecida y, además, experta cocinera, les llevó a la mona Ramona y a sus nueve monitos



dos frascos de dulce de leche, tres litros de yogur, cuatro kilos de queso y ocho paquetes de mantequilla preparados con su propia leche.



Violeta se pasó toda la víspera del día jueves, después de hacer su valija, a la luz de la vela, mueve y mueve su cuchara de madera preparando esas cosas tan ricas que solo ella podía hacer.



—¡Adiós, Ramona! Me voy a volar en avión por Valparaíso —dijo Violeta.

—¡Adiós, Violeta! ¡Que te diviertas! Hasta que al fin —pensó la mona— no me dijo más "Ramona".

—Siempre te estaré muy agradecida. Ahora ni la tía Virginia ni mis primas Victoria, Vanesa, Verónica, Valeria y

Valentina se reirán de MU!
—¿Qué dijiste? —exclamó sorprendida la mona Ramona.
—¡JA, JA, JA, JA! —se rió la vaca Violeta—, es un chiste. Quiero decir de MÍ.



Benito, el burrito buhonero



Una **bonita** mañana de setiembre, estaba el **burro Benito** bajo la **sombra** de un gran **árbol**, comiendo **betarragas**, cuando pasó la **abeja Betty** cargando un frasco con **abundante** miel.

—Hola, **Benito** –saludó **Betty**, amablemente.

—Hola, **Betty** –respondió el **burrito**–. ¿Para quién es esa miel?

—Es para los socios del club de ciclistas. Doña **Roberta** preparará **budín** con miel para que coman después de la carrera de **bicicletas** que **habrá** esta tarde –dijo la **abeja**–. ¿Pero tú, por qué estás tan **cabizbajo** y **meditabundo**?

—**Bueno**, realmente estoy muy **aburrido**. Quiero dedicarme a

algo **agradable**, así como tú, que tienes una **labor** –dijo el **burrito**.

—¿**Aburrido**? ¡**Aburrado**, querrás decir! –exclamó **Betty**–. Nada más fácil para **combatir** el **aburrimiento** que **trabajar**.

—¿**Trabajar**? –se preguntó **Benito**, el **burrito**–. Sí, me parece





una **b**uena idea; **b**uscaré trabajo.

—¡Claro que sí! Yo misma sé de algunos lugares donde te pueden recibir —respondió **B**etty, entusiasmada.

—Pero **b**ueno, ¡dímelo ya! —exclamó impaciente **B**enito.

—Escucha, en la **t**aberna de Don **B**eto necesitan a alguien

que ordene las **b**otellas del **b**ar. Es un **t**rabajo fácil y pagan **b**ien —dijo **B**etty apaciblemente.

—¡Ni **h**ablar! ¡No puedo! —**r**ebuznó el **b**urrito—. El humo del **t**abaco de la pipa de Don **B**eto me hace daño... y, además, no tengo **h**abilidad para eso.

—**B**ueno, **b**ueno —sugirió la **a**beja—, entonces puedes trabajar en la **b**iblioteca del **p**ueblo. Allí necesitan un **b**ibliotecario que **s**uba y **b**aje los **l**ibros de los estantes.

—¡Ni **h**ablar! ¡No puedo! —**r**ebuznó el **b**urrito. La tierra que se acumula **s**obre los **l**ibros me hace estornudar... y, además, con tanto **s**ubir y **b**ajar me puedo marear.

—**B**ueno, **b**ueno —dijo **B**etty,



que empezaba a impacientarse—. Sé de otro trabajo. Don Jacob, el heladero, necesita un operario que ponga los helados en las cubetas.

—¡Ni hablar! ¡No puedo! —rebuznó Benito—. La humedad me da alergia... y, además, ese

trabajo no es compatible con mi personalidad.

—Bueno, bueno —suspiró la abeja—, entonces puedes trabajar en el puerto. Don Benancio está necesitando a alguien que lo ayude a cargar las redes de pescar en la cubierta de su barco.

—¡Ni hablar! ¡No puedo! —rebuznó Benito—. No sé nadar... y, además, si pierdo el equilibrio y la estabilidad, caeré al agua y me podré ahogar.

—Bueno, bueno —dijo la abeja, muy preocupada—, entonces puedes trabajar en la botica de mi prima Gabriela contando y distribuyendo las tabletas que traen del laboratorio.



—¡Ni hablar! ¡No puedo!
—rebuznó Benito. Nunca aprendí a contar... y, además, con el aire que corre en la botica de Gabriela me puedo resfriar.

—Bueno, bueno —respondió Betty, muy turbada—, entonces podrás trabajar en la escuela haciendo cubos para la tómbola del sábado.

—¡Ni hablar! ¡No puedo!
—rebuznó Benito—. Nunca pude con la geometría... y, además, con tantos niños jugando alrededor, en un segundo estaría moribundo.

—Bueno, bueno —dijo Betty—, entonces puedes trabajar en la pastelería del buey Piero preparando dulces y bocadillos.

—¡Ni hablar! ¡No puedo!
—rebuznó el burrito—. Eso no me gusta. Deben de haber trabajos mejores... y, además, como dice el dicho: “¿Qué sabe un burro de alfajores?”

—Bueno, bueno —dijo la abeja, conteniendo su cólera—, entonces puedes barrer las calles del pueblo.

—¡Ni hablar! ¡No puedo!

—rebuznó el burrito—. Barrer me da dolor de cabeza, y también me da pereza.

—¡Caramba! ¡Burro haragán! —exclamó la abeja Betty, furibunda—, ya me aburríste con tu pesimismo y tu incapacidad. ¿Qué es lo que sabes hacer?

—Los burros solo sabemos cargar y rebuznar. Yo soy burro



y eso es lo que me gusta y sé hacer —respondió Benito.

—¡Ya lo tengo! —exclamó feliz la abeja—. ¡Entonces serás un buhonero!

—¿Buhonero? ¿Y eso con qué se come? —preguntó el burrito.

—¡No se come! El buhonero es el comerciante ambulante de chucherías y baratijas —respondió la abeja—.



—¡Buhonero! Eso seré, me gusta y lo puedo hacer —dijo muy contento el burrito—.



Cargaré alambres decorados, cubrecamas bordados, sábanas con blondas, cables, antenas parabólicas, tablas pulidas, bellos cubiertos, bujías y muchas cosas buenas, bonitas y baratas.

—Bueno, bueno, Benito —suspiró la abnegada abeja—, contigo perdí todas las batallas pero gané la guerra. Al fin se me ocurrió algo a lo que te puedes dedicar.

El camello, la
ardilla y el
gallo... contra
la pandilla de
los pillos
zorrillos



Había una vez un camello que se llamaba Tuto. Su trabajo consistía en llevar cargamentos de un lugar a otro para venderlos.

Cada día llevaba algo distinto. Unos días llenaba sus costalillos o canastillas con cepillos, escobillas y servilletas; otros días llevaba zapallos,



galletas, mantén, tallarines, vainilla y natillas. En ocasiones especiales llevaba mantas, ollas, vajillas, pantallas y ladrillos.

Todos querían a Tuto porque era servicial, pero él no era feliz, pues siempre le dolía el cuello, la rodilla o el tobillo.

—Si al menos Brenda, mi bella camella, estuviera aquí conmigo para hacer más llevadera mi carga —decía Tuto casi llorando—, entonces además de mi cargamento le traería todos los días canastillas repletas de ramilletes de campanillas amarillas.

—¿Qué pasa, Tuto? —le preguntó Ale, la ardilla maravilla.

—¡Oh, Ale! Me duele el cuello,



la rodilla, el tobillo... todo me duele –se lamentaba Tuto, el camello.

—Tómame una pastilla con sabor a frutilla –le dijo la ardilla maravilla–. Luego renuncias a tu trabajo y te dedicas a otra cosa. ¡Soluciones mi amigo, soluciones!

—¡Si fuera así de sencillo,

ardilla maravilla!, pero resulta que mi pena no solo se debe a lo fatigado y adolorido que me encuentro. Lo que pasa es que desde hace un buen tiempo que vivo triste, apenado...

—Ahora que te veo bien... es cierto, camello. Tus ojos no brillan como antes, nunca te oigo hacer bulla al pregonar tus mercancías, no cantas, ni chillas, te pasas el día sollozando, siempre callado. ¿Me contarás qué te tiene tan apabullado?

—Está bien, te contaré –dijo Tuto–. Tú sabes, querida amiga Ale, que vivo enamorado de Brenda, mi bella camella, pero ella no está más aquí conmigo, pues se encuentra secuestrada



en el castillo abandonado que ha sido invadido por la pandilla del zorrillo Guillermo, quien me pide muchísimo dinero para devolvérmela. Pero todavía no puedo rescatarla, pues apenas tengo dos billetes con un poco de sencillo.

—¡Aaaaaavisado hubieras

antes, bello camello! Eso tiene pronta solución. Esta misma noche cuando veas las estrellas brillar, iré a cenar a casa de Tina, la gallina. Tú vendrás conmigo. Ella está preparando dulce de membrillo en su nueva olla; también pondrá a la parrilla un armadillo enrollado en salsa de tomillo. Nosotros llevaremos de postre helado de



avellanas con vainilla.

—Pero... ¿acaso eso
solucionará mi problema?
—preguntó Tuto, el camello,
cada vez más triste.

—¡Ánimo, Tuto! Se trata de lo
siguiente: el esposo de Tina, la
gallina, o sea, el gallo Lallo,
que además de ser un elegante
caballero es un excelente
cantor, hace tiempo quiere
darle una buena lección al pillo
de Guillermo con toda su
pandilla de zorrillos. Él
colaborará con nosotros para
rescatar a Brenda, tu bella
camella.

Esa noche, cuando llegaron a
casa de Tina, la cena estaba
lista, los pollitos dormían desde
temprano y el gallo Lallo

practicaba sus lecciones de
canto...

“El gato maúlla,
el lobo aúlla y el
loro hace bulla. Ki ki ri kí.
El gato maúlla,
el lobo aúlla y el
loro hace bulla. Ki ki ri kí”.

Durante la cena, el gallo,
enterado del problema, luego
de pensar un poco dijo:

—¡Se me ocurre un plan!
Atacaremos al amanecer,
formaremos una cuadrilla de
grillos para que escalen la
muralla del castillo.

—Brillante idea, don gallo
—exclamó la ardilla maravilla.

—Además —continuó diciendo
don Lallo—, contrataremos a
una patrulla de grullas, experta

en este tipo de rescates. También llevaremos ganchillos en la nariz... ustedes saben, ¡por el olorcillo!

Aquella madrugada, el camello, la ardilla, el gallo, la cuadrilla de grillos y también la patrulla de grullas, atacaron el castillo invadido por Guillermo, el jefe de la pandilla de los pillos zorrillos.



Primero la cuadrilla de grillos lanzó una soga e ingresó al castillo, trepando por la muralla; luego, como no tenían las llaves del castillo, abrieron por dentro todos los pestillos de las puertas para que pudieran entrar la patrulla de grullas, el camello y el gallo con Ale la ardilla.

Entonces comenzó la batalla:

las grullas peleaban con los pillos zorrillos; el gallo don Lallo se batía a duelo con el zorrillo Guillermo...

Mientras tanto, la ardilla maravilla, que conocía el castillo como la palma de su pata, llevaba a Tuto, el camello, por todos los pasillos del castillo hasta llegar al lugar donde se hallaba amarrada Brenda. Con un filudo cuchillo cortaron la soga que ataba a la bella camella y rápidamente escaparon por la puerta del castillo.

Guillermo y toda su pandilla de pillos zorrillos se fugaron para nunca más volver.

Tuto fue feliz para siempre con Brenda, su bella camella, y

pasó el resto de su vida llevándole diariamente canastillas llenas de ramilletes de campanillas amarillas.

Fue así como el camello y el gallo junto con la ardilla maravilla, rescataron a Brenda, la bella camella, y expulsaron a Guillermo con toda su pandilla de pillos zorrillos.



Un cuento silencioso



...**H**abía una vez, un búho llamado **H**eráclito, igual que el famoso filósofo griego. Este búho vivía en un árbol junto a un río, rodeado de **h**elechos, **h**iedras y **h**ermosas **h**ortensias.

El búho cultivaba un pequeño **h**uerto donde sembraba **h**igos, **h**abas, **h**ongos, **h**ongos, **h**ongos, **h**ongos y **h**ongos.

Heráclito trataba de que la **h**umilde casa donde **h**abitaba fuera el mejor lugar para vivir. Y en general él y sus vecinos del bosque vivían en perfecta armonía.

A pesar de gustarle mucho su **h**ábitat, él **h**anhelaba viajar en **h**elicópteros o **h**idroaviones, únicos **h**eróculos que cada cierto tiempo llegaban al bosque.

Heráclito tenía un libro donde ubicaba lugares para él muy lejanos, como **H**olanda, **H**onduras, **H**onolulu, **H**aití, **H**abana y **H**amanako. Además, tenía cientos de folletos que le llegaban por correo donde le mostraban **h**ermosas ciudades con lindas playas.





El búho **anhelaba** bañarse en agua salada y jugar con las olas en el mar, como **hacían** los humanos. Así pasó un tiempo **hasta** que el búho se decidió a viajar.

—Amiga Piga, ¿te encargarías

de mi **huerto** mientras estoy de vacaciones? —preguntó el búho a la **hormiga**.

—¡**Hombre!**, no faltaba más. Por supuesto que sí —respondió Piga, la **hormiga hacendosa**.

Un poco triste, se retiró de la playa y se fue a buscar alojamiento; como los búhos **habitan** en los árboles quiso encontrar alguno para descansar. Pasaba por **ahí** un perro de apariencia amable y le dijo:

—Perro, ¿no **has** visto por acá un árbol donde pueda descansar?

—Búho, me temo que tardarás en encontrar uno en la ciudad, pues casi todos **han** sido talados para construir los



edificios, pistas y veredas –dijo el perro.

Al fin, después de un tiempo, **Heráclito** encontró un pequeño arbusto junto a un arroyo.

—¡**Ah!** qué bueno –pensó **Heráclito**–, aquí me instalaré.

Unos instantes después, cuando el búho se disponía a tomar agua del arroyo, alguien exclamó:

—¡**Eh!**, un momento –dijo la voz–, si tomas de esa agua, te envenenarás, pues las aguas de este arroyo vienen del río de la ciudad vecina, que está contaminada.

—¡**Bah!**, bahía contaminada, playa contaminada, río contaminado, prohibido bañarse, árboles talados... pero



tú, ¿quién eres? ¿De dónde me hablas? –preguntó **H**eráclito.



—Zoila Ecóloga, para servirte –respondió la voz—. ¿Y tú, búho, cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Me llamo **H**eráclito y vengo del bosque. Estoy de vacaciones. Quiero conocer las maravillas de la ciudad, pero

tendrá que ser mañana, porque parece que va a llover, el cielo está gris.

—No lloverá –dijo Zoila–, **a**hora el cielo siempre está gris debido al **h**umo de la ciudad que proviene de distintos lugares, como el de los motores de los **v**ehículos y el de las chimeneas de las fábricas. **H**ace mucho



tiempo que en esta ciudad nadie se baña en las playas ni puede contemplar el azul del cielo. Tampoco tenemos árboles y por eso ya no **hay** pajaritos ni palomas; la basura se acumula en todas partes, muchas veces es arrojada al mar o al río contaminando sus aguas y matando a los peces.

—¡Oh, qué pena! —exclamó **Heráclito**—, yo vivo en un lugar muy lindo, sobre todo limpio de basurales y de contaminación. Nunca permitiría que talaran mi árbol, pues en él **han** vivido mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y mi tatarabuelo, y espero que sirva de casa a mis **hijos**, mis nietos, mis bisnietos y mis tataranietos.



—Lo sé —dijo Zoila Ecóloga—, todo el planeta Tierra es **hermoso** y todos queremos conservarlo lindo y limpio por siempre, porque es nuestra gran casa.

—¿Nuestra gran casa? A este paso lo que tendremos será

nuestro gran basurero –agregó el búho.

—No, **Heráclito** –dijo la Ecóloga–, lo que tendremos será un **hermoso** planeta libre de contaminación. ¿No te **has** enterado de que ya empezó en el mundo entero la gran batalla contra todo lo que sea contaminante y perjudicial para la naturaleza y, por tanto, para el planeta? En esta ciudad, así como en otras, ya **hay** niños y adultos trabajando para lograr lo más pronto posible ese objetivo.

—¿Empezó la batalla? No oigo bulla, no suena nada –respondió **Heráclito**, muy sorprendido.



—No, **Heráclito**, no oyes nada, porque tanto la contaminación como la guerra contra ella son silenciosas, no **hacen** ruido, son como la letra “**H**” de tu nombre y de bú**ho**: no suenan, pero están allí. Dejar de escribir “**H**” en “bú**ho**” sería una falta de ortografía; dejar de combatir en la batalla contra la contaminación sería una falta de amor por el planeta que nos acoge.

—¡Qué lindas cosas dices, Zoila Ecóloga! ¡Cuánto aprendí en este viaje! Tienes razón, debemos encontrar la forma de vivir sin contaminar, debemos conservar los bosques y crear nuevas áreas verdes.



¡Desde **h**oy seré soldado voluntario en la guerra contra la contaminación!

—¡Muy bien, **H**eráclito!
Cuando vuelvas en tus próximas

vacaciones estoy segura de que encontrarás aquí una playa donde bañarte, un arroyo para beber agua limpia y un árbol para descansar –dijo Zoila Ecóloga.



Michifuz al
fin fue feliz



Había una vez un gatito que soñaba con vivir en **Zaragoza**, pues él vivía en una ciudad donde nadie lo llamaba con un nombre especial, solo le decían: "Hola, gato", "¡Fuera, gato!", "¡Qué lindo gato!".

Un día hizo sus maletas y sin más tardanza emprendió viaje a la ciudad de sus sueños.

Caminó y caminó atravesando maizales, arrozales, pastizales y cerezales. Cayó en un aguazal, se ensució en un lodazal y se enredó en un zarzal, pero no perdía la esperanza de llegar, y cada vez avanzaba más rápido.

El gatito tenía confianza en sí mismo y sabía lo que quería, y por lograrlo era capaz de esos

sacrificios y muchos más.

En el camino se encontró con un zorro que lo invitó a almorzar; comieron tortillas de maíz con crema de nuez. El gatito le contó al zorro su deseo de tener un nombre.

—¿Y para qué quieres tener un nombre? —preguntó el zorro al finalizar su almuerzo.





—Porque quiero que me reconozcan no solamente como “gato” y deseo dedicarme a la enseñanza de danza felina. ¿Como voy a anunciarme? ¿Como “Academia de danza del gato” o “Para ser una actriz feliz ven a bailar con el gato”? El gato ¿qué?; el gato ¿quién? Todos

tendrían que resolver diez mil adivinanzas para saber de qué gato se trata —explicó, angustiado, el gatito—. Pienso que todos tenemos derecho a tener un nombre, ¿no crees?

—¡Ah! ya entiendo —dijo el zorro, bostezando—. No quieres que te digan “El gato de los ojazos azules”.



—Así es —respondió el gato, feliz de que al fin alguien lo entendiera.

—Oye, gato, ¿por qué simplemente no te pones un nombre ¡y ya!, te haces llamar así? —sugirió el zorro.



—Eso ya lo he hecho. Me he llamado Domínguez, Sánchez y Rodríguez, pero en vez de

escuchar mi nombre lo que recibí fueron escobazos, bastonazos y librazos de los Domínguez; rodillazos, cabezazos y manazos de la familia Sánchez y los Rodríguez me tiraron pelotazos, portazos y codazos —explicó el gatito.

—¡Hum!, me parece que no supiste escoger bien. ¿Por qué



no buscas un nombre de gato? Así evitarás que alguien te tire una coza. ¡Escucha la voz de este zorro veloz!

—Bien, zorro veloz, aquí tengo lápiz y papel. ¿Qué nombre me pongo? —preguntó el gato.

—Quiero verte a la luz. Eres un gato sin pereza que baila con destreza; no tienes aspecto de ladronzuelo ni de reyezuelo; no será difícil ponerte un nombre de acuerdo a tu naturaleza. Deberás llevar un nombre que a nadie deba molestar y que se diga sin la memoria forzar —decía el zorro mientras le echaba un vistazo al gato.

—¡Vamos, dilo ya! —suplicó el gato.

—Esteeeeee... No se me ocurre



ningún nombre —contestó el zorro, avergonzado.

Muy triste el gatito continuó su camino. Le dolían los pies puesto que no usaba zapatos ni zapatillas. Al llegar la noche, mientras comía zanahorias y zapallitos, apareció entre los matorrales una zarigüeya zanguanga con sus hijitos. El

gato le contó su deseo de tener un nombre, pero como esta era holgazana hasta para pensar, le comentó:

—Mira, gato, mejor pregúntale al lobo feroz que duerme en el pastizal —y dándose media vuelta, la zarigüeya se fue.

El gato no se animó a despertar al lobo feroz, sobre todo después de verle la boca, y se durmió hasta el amanecer.

Al día siguiente pasó brincando una liebre que al ver al gato le dijo:

—¡Hola, Michifuz!

—¡Hola! ¿Por qué me llamas Michifuz? —preguntó el gatito, emocionado.

—¿Qué otro nombre podría tener un gato tan simpático?

—dijo la liebre.

Agradablemente sorprendido, el gato supo que al fin tendría un nombre.

Ese mismo día, a las diez de la mañana, llegó a Zaragoza, se mandó a hacer varias tarjetitas con su nombre y puso una escuela de danza felina. Durante muchos años se dedicó a la enseñanza, bailando zarzuela, junto a una gatita llamada Esperanza.

Alejo, el viejo conejo



Alejo era un conejo que vivía en el tronco de un árbol de jacarandá, junto a una planta de jazmín. Su cama estaba hecha de paja acomodada debajo de un manto de hojas.

En su juventud, Alejo había sido muy callejero y había trabajado en muchas cosas. Fue cerrajero, granjero, mensajero, ovejero, relojero, cajero y hasta ropavejero.

Viajero incansable, a Alejo le encantaba salir al extranjero y conversar con los demás pasajeros, ya fuera que viajara en jabalí, jirafa o jumento. Siempre iba contento hablando castellano, hebreo, portugués o japonés. Se paseaba por México, Jamaica, Jordania,

Jerusalén, Río de Janeiro, donde conoció conejos árabes, judíos, brasileños, jamaicanos, mejicanos y japoneses, con quienes siempre se escribía.

Ya de viejo pasaba los días jugando ajedrez, haciendo jaque mate a los demás conejos del jardín; disfrutaba con los amigos tardes muy





jocosas comiendo pan al ajo,
jamón, galletas de ajonjolí y
tomando unas copitas de jerez
o una jarra de chicha de jora.

Solo una vez por semana
Alejo salía de la casa para
comprar su jarabe de naranja
para la tos.

El conejo jamás soñó con
volver a viajar a ninguna parte
hasta que un jueves del mes de

julio, llegó un mensajero del
juzgado diciéndole que lo
habían nombrado juez en el
juicio de Maruja, la jirafa, con
Juanito, el jilguerito.

Fue así que Alejo, olvidándose
de su dolor de juanetes, sacó el
reloj del joyero, bajó del tronco
en la jaula que usaba como
ascensor y partió rumbo al
pueblo.





Resulta que **Juanito**, el jilguerito, acusaba a **Maruja**, la jirafa, de haberse comido mientras dormían todas las hojas del naranjal donde **Juanito** vivía con sus hijitos; y estos, a pesar de ponerse gruesos pijamas, tenían mucho frío. Sin embargo, **jamás** nadie, ni aun **Juanito**, había visto a **Maruja** comer las hojas de ese

árbol. **Maruja**, por ser **jirafa** y por comer hojas de los árboles, era la principal sospechosa.

Los **jurados jamás** estuvieron frente a un caso tan difícil. Trabajaban día y noche tratando de **juntar** pruebas.

Los **pajaritos juraban** haber visto alguna vez a **Maruja** comer hojas de algún árbol,



pero no precisamente de aquel donde vivía el jilguerito.



—Sí, yo como hojas de los árboles y a mucha honra —se jactaba la jirafa—, pero juro que jamás he comido una hoja del

naranjal del jilguero Juanito.

—Mis jilgueritos tienen jaqueca; es necesario que se corrija semejante perjuicio —clamaba Juanito.

Entonces Alejo, el viejo conejo, dictó sentencia y dijo así:

*“Que los jilgueros se abriguen,
y tomen ya su jarabe,
que la jirafa los lleve
a las ramas de un ombú.
Mas, por las dudas sugiero,
que en el futuro Maruja,
coma toditas sus hojas
del árbol del cototero”.*

Así lo hicieron Maruja y Juanito. Alejo, el conejo, se volvió muy famoso por haber resuelto tan rápido el problema y se dedicó hasta el fin de sus



vecinos. En la puerta del jacarandá había un cartel que decía:

“Un consejo, hasta de un conejo... mucho mejor si este ya es viejo”.

días a resolver casos parecidos, dando buenos consejos para mantener la paz entre los

¡Qué lástima
por el
cocodrilo!



El **m**iercoles **c**uatro de **o**ctubre, el león Leonardo IV **c**umplía **c**uarenta años. Al igual **q**ue todos los animales, a él le gustaba **c**antar y bailar el día de su **c**umpleaños.

Es así **q**ue el león mandó a **C**oquito, el mono, **q**ue invitara a todos los animales del **b**osque y alrededores.

—¿**Q**uiénes serán los



invitados? —preguntó el mono.

—¡Ya te dije **q**ue todos!
—**e**xclamó Leonardo.

—¿El sapo también? —volvió a preguntar el mono, **q**ue siempre andaba de pleito **c**on el sapo.

—¡Todos! —rugió el león.

—Pero... el sapo es... ¡verde!
¡**C**ome moscas! ¡**C**anta horrible!
¡Baila peor! ¡**S**e cree el rey del charco!
¿**C**ómo vas a invitarlo a tu cumpleaños? —insistió **C**oquito.

—¡Oye, **C**oco! ¿**A**caso me quieres volver loco? ¿No sabes que para Leonardo el rey, todos son iguales ante la ley? Invitaré a mi cumpleaños a todos los animales, sea **c**ual sea su **c**olor, raza, idea o religión —respondió el león.



Muy **colérico**, el mono daba vueltas en su **casa**. **Que** Leonardo invitara al sapo al **banquete** y **que comiera con él** en la misma mesa, le **causaba** un verdadero **quebradero de cabeza**.

Como no le **quedaba** más remedio **que cumplir** la orden de Leonardo, **convocó** a todos

los animales, en un **claro** del **bosque** junto al árbol de **alcornoque** para **notificarles** la **correspondiente invitación**.

Allí estaban todos; **Fico** el **perico**, **Mario** el **canario**, **Dorilo** el **cocodrilo**, **Germán** el **caimán**, **Calúa** la **cacatúa**, **Juvenal** el **cardenal**, **Paco** **Picapleitos** el pájaro **carpintero**,



Alejo el **c**onejo, Arturo el **c**anguro, Tuto el **c**amello, Dante el elefante, Heráclito el búho, Betty la abeja, Benito el burrito, Maruja la jirafa, Matías el oso y Violeta la vaca; además, el **c**óndor, el **c**olibrí, el **c**aracol, el **p**icaflor, el **p**elícano, la **c**abra, el **c**uervo, el **c**oyote, el **c**ordero y muchos animales



94 noventa y cuatro

más; grandes y pequeños, blancos, verdes, colorados, con cola o sin ella; de dos, cuatro o más patas; que comían cacahuates, mosquitos, carne o coliflores, brócoli o chocolates; con o sin corbata, con pico o sin pico, con colmillos o sin ellos, de cabeza grande o pequeña, en fin, todos.



noventa y cinco 95



Coquito el mono subió al árbol de **alcornoque** para **que** todos los animales pudieran verlo. Luego **tocó** la **campana** y dijo así:

—**C**umplo **con** avisar de parte de Leonardo IV, **que** el **miércoles** **cuatro** de **octubre** los espera en su **casa** para **comer**, **cantar** y **bailar** por su **cumpleaños**.

—¿Quiere decir **que** todos estamos invitados? —preguntó entusiasmado el sapo.

—Todos, menos los animales **que** tienen los ojos saltones —**contestó** el mono **con** picardía.

—¡**Caramba!** ¡**Qué** lástima por el **cocodrilo!** —**comentó** el sapo en voz alta, mirando de reojo al mono.



—Tampoco los **que** tienen piel gruesa y verrugosa –insistió el mono, **creyendo que** así el sapo se sentiría excluido.

—¡Caray! ¡**Qué** lástima por el **cocodrilo!** –dijo el sapo.

—Ni los animales de **cuerpo** rechoncho –agregó **contento** el mono, pensando **que** ahora sí el sapo se quedaría planchando el día del baile.



—En verdad, ¡**qué** lástima por el **cocodrilo!** –dijo el sapo soltando una **carcajada**.

—Aquellos **que** tienen boca grande tampoco podrán ir a la fiesta –gritó el mono iracundo.



El sapo se **quedó** **quieto**. Por un momento **creyó que** había perdido el pleito. Rápidamente,

tratando de achicar su boca, dijo burlonamente:

—¡Uy uy uy! Pero ¡qué lástima por el cocodrilo!

Esto provocó una carcajada zoológica general, por lo que al mono no le quedó otra que dejar que el sapo se considerara invitado.



Pero cuando los animales ya se retiraban del lugar, se escuchó la voz de Paco Picapleitos:

—Un momento –dijo el pájaro carpintero, picoteando el árbol para llamar la atención—. Esto no se va a quedar así. ¡Miren cómo llora Dorilo!



—¡Son solo lágrimas de cocodrilo! —dijo el sapo.

—De todas maneras preguntaré a Leonardo IV si él no ha invitado a los animales de ojos saltones, piel rugosa, cuerpo rechoncho y boca grande —agregó el pájaro carpintero.

Al escuchar a Paco Picapleitos, el mono empezó a temblar de pies a cabeza, porque sabía que estaba perdido ante el león. ¡Y todo por culpa del antipático sapo!

El sapo también estaba preocupado. El León se daría cuenta de que él había puesto en ridículo a Dorilo el cocodrilo



para poder ir al **c**onvite. ¡Todo por **c**ulpa del mono!

Paco Picapleitos fue volando donde el rey Leonardo IV y le dijo lo siguiente:

—**Q**ueridísimo Leonardo, Dorilo el **c**ocodrilo se **q**ueja porque a tu **c**umpleaños vendrán desde el elefante



hasta la abeja. ¿Es **a**caso justo que no lo invites, rompiéndole así el **c**orazón, solo por ser rechoncho, de piel rugosa, tener **b**oca grande y los ojos saltones? El sapo va **c**omunicándoles a todos los animales que el **c**ocodrilo no ha sido invitado por **b**ocón.



El león, dándose cuenta inmediatamente de que el mono tenía algo que ver en todo esto, respondió:

—Mira, Paco, guarda tu prédica para otra ocasión. ¿Acaso no saben todos que nunca hago distingos por el color, raza, ideas o religión? Dile

a Dorilo que venga a mi reunión, que tocaré para él mi acordeón. En cuanto al mono y al sapo, les daré un castigo ejemplar: ninguno debe venir a celebrar, salvo que de verdad se lleguen a amistar.



Índice

1. Violeta, la vaca mumutera 7
2. Benito, el burrito buhonero..... 21
3. El camello, la ardilla y el
gallo... contra la pandilla
de los pillos zorrillos 35
4. Un cuento silencioso 49
5. Michifuz al fin fue feliz..... 65
6. Alejo, el viejo conejo 77
7. ¡Qué lástima por el cocodrilo! . 89